

con el teniente coronel D. Francisco de P. Silva. Denunciado Valencia al general Scott, éste mandó aprehenderlo y fué traído á México guardándosele muchas consideraciones por sus aprehensores. Arrieta se adelantó á buscar un coche, que proporcionó un canónigo cuyo nombre no se recuerda, para que entrara Valencia, como lo verificó, siendo conducido al cuartel general americano, situado en la casa número 7 de la calle del Espíritu Santo. Valencia habló con altivez y cuando su acompañante Arrieta esperaba un acto violento de Scott, éste dijo poco más ó ménos: "Señor general, léjos de herirme vd. con sus palabras, lo admiro porque veo tiene un gran corazón, puede vd. retirarse á la casa que guste y mañana que esté vd. más en calma, pasará á verlo mi mayor general para arreglar definitivamente su posición "

El general Valencia se dirigió á la casa de su yerno D. Leandro Mosso, calle de San Agustín, y al presentarsele el mayor general, se revistió de la mayor energía, consiguiendo quedar en libertad sin compromiso alguno, y pudiendo dirigirse á cualquiera punto de la República con una fuerza de quinientos caballos. Valencia, su familia y Arrieta se fueron á San José Acamilpa, otra hacienda de su propiedad, á ocho leguas de Cuernavaca, viéndose luego obligados á volver á México. Poco tiempo despues y ántes de que los invasores se retiraran de la capital, falleció el general Valencia en su casa de la calle de la Encarnación. (1)

(1) Estos datos los debemos á la bondad de nuestro amigo el Sr. coronel D. Luis Arrieta, sin que haya podido recordar fechas, pero sí muchos detalles que no mencionamos para no hacer cansada esta relación. Dicho jefe hab'a con el mayor respeto de su general y lo celebramos, porque á los hombres que caen en desgracia, vivos ó muertos, todos se complacen en censurar.

Volvamos ahora al desenlace de la accion de Padierna.

En el puente que corta el camino de San Angel, anterior á Anzaldo, el general Salas, 2º en jefe, sable en mano y al frente de la caballería, en medio del fuego, y reinando el más espantoso desórden, detuvo un poco la dispersion y al intentar dar una carga al enemigo, cayó prisionero con todos sus oficiales y soldados.

Así acabó el valiente ejército del Norte y entonces sonrieron satisfechas la ambicion y la envidia.

Aunque ya hemos hablado de varios de nuestros muertos, heridos y prisioneros, diremos que los primeros fueron: general D. José Frontera; comandantes de batallon D. Juan Fernandez Cota y de escuadron D. Luciano Calvo; capitanes D. José María Fajardo, D. José María Rico, D. Cayetano Ocampo y D.

José María Múgica; tenientes D. Manuel Tejada, D. Antonio Vergara; subteniente D. Juan Sulaica y alférez D. Bernardino Medina, D. Juan Zulueta, D. Cleofas Contreras y D. José María Quiriar-te.

Los heridos fueron los generales Parrodi, Gonzalez de Mendoza, Blanco, en el rostro; D. José María García, en una pierna; D. Antonio M. Jáuregui, en la cabeza; los coroneles Ruiz y D. Joaquin Fuero, padre de D. Carlos, que es hoy general del ejército; tenientes coroneles Ramirez y Aguirre y otros jefes y oficiales de diversos grados.

Entre los prisioneros además de muchos de los heridos que acabamos de mencionar, estaban los generales Salas y D. Nicolás Mendoza, los tenientes coroneles D. Plutarco Cabrera, D. Agustín Zires, D. Mariano Reyes, Palafox y D. Francisco de P. Silva, los comandan-

tes D. Manuel Fernandez Zimavilla, D. Ramon Tabera y otros dos, así como noventa y seis oficiales y un crecido número de soldados. Se perdió, además, todo el armamento y la artillería, consistente en veintidos cañones.

El general Santa Anna, que como hemos visto se retiró para San Angel al oscurecer del 19, se alojó en la casa del general Mora y Villamil é inmediatamente ordenó se trasladara á aquel pueblo la brigada Rangel, que guarnecía la Ciudadela de México y formaba los batallones de Granaderos, mixto de Santa Anna y San Blas, guardia nacional de Morelia y compañías de San Patricio, con un total de dos mil hombres.

Cubierto el punto de San Angel por el general Rangel se dirigió el general Santa Anna con la brigada Perez á las seis de la mañana del 20 para el campamento de Valencia; al escuchar el fuego

redobló el paso, pero ya era tarde, porque el ejército del Norte había concluido, presentándose á poco los dispersos y algunos trozos de caballería al mando de los generales Torrejon y Jáuregui.

No teniendo ya objeto la marcha, ordenó el general Santa Anna que sus tropas diesen media vuelta, y con este movimiento el primer regimiento ligero, que iba á la vanguardia quedó á la retaguardia. Su jefe, el coronel D. Domingo Gayosso, se puso á la cabeza de la última compañía, que resultó primera, y el comandante de batallón D. Leonardo Márquez, se colocó detrás de la primera compañía, que resultó última. En seguida iba el general en jefe, quien despachó inmediatamente á todos sus ayudantes con diversas órdenes para que todas nuestras tropas, que defendían la primera línea, se concentrasen á la segunda, formada en las garitas de la capital.

En esta virtud la brigada Rangel, á excepcion de las compañías de San Patricio, con el general Lombardini á la cabeza, se dirigió á México desde San Angel por Panzacola, entraudo por la garita del Niño Perdido.

Los batallones de guardia nacional VICTORIA é HIDALGO, compuestos de personas decentes, abandonaron á San Antonio, dirigiéndose á Churubusco, y su retirada la sostuvo el jefe de la línea, general Bravo, con la brigada de Zerecero, que desde Xotepingo rompió sus fuegos sobre las fuerzas del general Worth, movidas de Tlalpan.

El general Gaona, jefe del punto de Mexicalcingo, se dirigió con los soldados que lo guarnecian para la garita de la Candelaria.

Como á las diez de la mañana llegó el general Santa Anna á Churubusco, el perseguido por el enemigo, tanto que el

comandante Márquez, que cubria la retaguardia, se vino batiendo en retirada con un pequeño destacamento del 1º ligero. El citado general se detuvo en Churubusco hasta ver desfilar el último soldado de las fuerzas que lo acompañaban. Hizo continuar los batallones VICTORIA é HIDALGO, y estos sin detenerse en ninguna parte, entraron á la capital por la Candelaria.

En Churubusco quedaron los batallones INDEPENDENCIA y BRAVOS, reforzados por las compañías de San Patricio y los piquetes de Tlapa, Chilpancingo y Galeana, al mando del coronel D. Florencio Villareal, que algunos años despues habia de ser el primer signatario del plan de Ayutla, para morir á la caída del imperio en la miseria mas espantosa. Tambien dejó el general Carrera, director de artillería, cinco caño-

nes de diversos calibres y como de antemano había dos, se contaron con siete, cuyo mando se dió al jefe de division del arma D. Juan Bautista Argüelles.

El general Santa Anna previno en alta voz al general D. Manuel Rincon, jefe de Churubusco, "que defendiera aquel punto de su mando á todo trance, porque habian llegado los momentos del sacrificio, sacrificio que la patria exigia de sus buenos servidores," ofreciendo Rincon que así lo haria por su honor. (1)

En el acto el general Rincon, de acuerdo con su segundo el general Anaya, dictó las medidas más convenientes para la defensa, colocando la artillería del modo siguiente: en el fortin de la

[1] Carta del general Santa Anna al general D. Manuel María Escobar, fecha 20 de Agosto de 1874, publicada cinco dias despues en el número 196, tomo V, de *La Voz de México*.

derecha dos cañones de á ocho y uno de á cuatro, á cargo del teniente D. José de la Cuesta, que aún vive, y del subteniente D. Luis Arizmendi; en dos troneras del centro, un cañon de á ocho y otro de á cuatro, al mando de los subtenientes D. Manuel Estrada y D. Francisco Fernandez. En el fortin de la izquierda á barbata un cañon de á ocho á cargo del alférez D. Mariano Espinoza y en una tronera para defender el flanco izquierdo otro de á seis.

Churubusco, que lleva á la vez los nombres de San Mateo y San Diego, es un pueblecillo de indígenas que se dedican al cultivo de la caña y habitan unas chozas muy humildes. En el centro y de Oriente á Poniente está la iglesia de San Diego, mirando su puerta principal para el camino de Coyoacan. Las bóvedas, como todas las construcciones antiguas, son muy sólidas, y la

torre, aunque poco elevada, tiene mucha robustez. El convento, donde hoy existe un hospital, está detrás del templo, de Norte á Sur y hácia la izquierda de Oriente á Poniente.

En Coyoacan habia un destacamento de ciento cincuenta hombres al mando del teniente coronel D. Francisco Peñañuri, pero tuvo que replegarse á Churubusco, en presencia del mismo enemigo.

Parte del batallon INDEPENDENCIA se colocó en las alturas del convento y el resto en la deresha hácia el puente, en el terreno que no estaba fortificado, y dos casitas de adobe que se atronaron para impedir que el enemiga flanqueara por ese punto. El batallon BRAVOS y compañías de San Patricio ocuparon los redientes y cortinas del frente é izquierda, fortificadas á barbata.

Los piquetes de Tlapa, Chilpancingo

y Galeana, mandados por el general Santa Anna en auxilio del general Rincon, se situaron en la parte descubierta al Oeste del convento.

Hé aquí cómo refiere la gloriosa defensa de Churubusco el elegante escritor D. Márcos Arróniz en su "Manual del viajero en México," edicion de Paris 1858.

"El día 20 de Agosto de 1847, se presentó el enemigo vencedor en Padierena, y bajo cuyos auspicios emprendian el nuevo ataque. Los soldados mexicanos habian escuchado el eco del cañon con una ansiedad indefinible, pues que se disputaba en los alrededores de la Magdalena la suerte de la República, y a poco tiempo despues sufrieron el infausto resultado. En seguida vieron pasar los restos de aquellas tropas, las fuerzas que se hallaban en San Angel, y las de San Antonio en el movimiento

de reconcentraci3n que se verificaba, y conocieron que su suerte era la de sacrificarse para asegurar la retirada del ejército; pero en cumplimiento de su deber solo pensaron en combatir al enemigo, aunque en medio de circunstancias tan aciagas. El general Twigg ataca por el rumbo de Coyoacan, y Worth por el de San Agustín, (1) y el fuego de la fusilería no cesa un solo instante acompañado del estruendo repetido del cañ3n. Los enemigos avanzan con resoluci3n, pero son rechazados por nuestras tropas en su primera acometida. En los momentos comprometidos de la segunda carga, el general Anaya subió á la explanada á caballo, mandó cargar una pieza á metralla, y él mismo dirigió la puntería, pero se incendió el parque abrasando á cuatro ó cinco arti-

(1) Tlalpan tiene también el nombre de San Agustín de las Cuevas.

lleros, al capitán O'leary que la servía, y el general quedó ciego por un espacio de tiempo, pero permaneció imperturbable sobre el teatro de la acci3n, que continuó encarnizada por ambas partes, y nuestro pabell3n ondeaba valientemente iluminado por los fuegos y remecido por nubes de humo que lo circundaban como guerrero incienso. Aquellas miserables chozas tiemblan al trueno de la artillería como conocedoras del peligro, y algunas vienen á tierra con los estragos de la lucha, en que brilla la impetuosi3n de nuestros nacionales que saltan de los parapetos para acercarse más al enemigo. Mil hechos gloriosos podrían citarse de abnegaci3n y bizarría con que procuraban distinguirse nuestros oficiales y soldados. El enemigo mostró una calma y obstinaci3n en el ataque dignas de las mejores tropas, y el pabell3n de las estrellas, que al

fin empuñó el general Twiggs, recibió veintidos balazos, cambiando muchas veces de manos. Tres horas y media había durado la lucha, repitiendo los americanos sus esfuerzos que hacian inútiles los defensores de Churubusco; pero nuestro fuego fué cesando poco á poco, hasta que se extinguió completamente, pues se agotaron las municiones. Los generales Rincon y Anaya mandan que la tropa se replegue al interior del convento, lo cual ejecuta con la más profunda tristeza. Entonces Peñúñuri carga al enemigo con unos cuantos soldados á la bayoneta, y cae víctima de su arrojo. El patriota capitan de cazadores D. Luis Martinez de Castro, al abrirse paso por entre los enemigos, recibe una herida mortal; y este jóven deja un vacío lamentable entre los buenos ciudadanos y entre la literatura nacional. Replegadas las fuerzas nues-

tras, creyeron los enemigos que era un ardid de guerra, y no se decidian á avanzar; el primero que penetró fué el valiente capitan Smith, del 3º de línea, quien viendo que aguardaban su suerte los nuestros, sin hacer fuego, contiene á los que le siguen para evitar que los suyos se cebaran en los vencidos. De los defensores, unos rompian sus armas de cólera, otros se desesperaban y buscaban por todas partes un cartucho para tener el gusto de quemarlo por última vez hiriendo á algun enemigo. La defensa mereció elogios hasta de los mismos enemigos, quienes permitieron, como distincion honorífica, que los oficiales prisioneros conservaran sus espadas. El general Rincon, que mandó la defensa, se mostró con inalterable sangre fria. Gorostiza, nuestro célebre autor dramático, dió pruebas de inalterable valor; y todos cumplieron con su deber.



haciendo pagar al enemigo bien cara la posesion de aquel punto, y dando tiempo suficiente al grueso de nuestro ejército para que se rehiciese. Sin la heroica defensa de Churubusco, ese mismo día hubiera entrado el enemigo, orgulloso y vencedor, en la capital de la República.

Nuestras pérdidas en el convento fueron: muertos, seis oficiales y ciento treinta y seis individuos de tropa; heridos, tres oficiales y setenta y nueve soldados. Dispersos, catorce oficiales y trescientos treinta y tres soldados. De las compañías de San Patricio murieron dos oficiales y treinta y tres soldados, quedando el resto prisionero.

De los defensores viven todavía: D. José Hidalgo, mayor del batallon Bravos, que despues fué un diplomático muy distinguido, desempeñando en el imperio de Maximiliano la Legacion de

México en Francia; D. Agustin Camacho, D. Agustin Cortés y D. Ignacio Uribe, capitanes de las compañías 1<sup>a</sup>, 2<sup>a</sup> y 4<sup>a</sup> del mismo batallon; sub-ayudante D. José Villa; subtenientes D. Manuel Irizarri y D. Juan Barros; sargentos Bernardo Garrido, Cleto Alvarado, Domingo Valencia, Nemesio Leon; cabos José Concepcion Gallardo, Félix Terrazas y Luis Romero y corneta Alejandro Silva. Del batallon INDEPENDENCIA viven: capitanes D. Luis Vidal, D. Epifanio Padila y D. Lorenzo Garcia; subtenientes D. Jesus Concha, D. Luis Vergara, D. Manuel Bustamante, D. Ignacio Herrera, D. Hesiquio Iriarte y D. Ignacio Mendez (hoy coronel) y cabo Bárbaro Velazquez. (1)

(1) A la bondad de nuestro amigo el Sr. coronel D. Agustin Camacho, debemos la lista de los defensores de Churubusco, ignorando él mismo si aún vivan otros: pero como nos proponemos hacer otra edicion de esta obrita, las personas que

El general Santa Anna fué injusto no solo con el general Valencia, sino tambien con los heróicos defensores de Churubusco, asentando en su carta al general Escobar; fecha 20 de Agosto de 1874 que *el general Rincon habia levantado bandera de parlamento para capitular, como siempre miserablemente*, cosa que no fué cierta; pero el presidente Comonfort mandó en 1856, que se erigiera un sencillo monumento á la memoria de los héroes de aquella jornada, frente al ex-convento y que se ve á corta distancia del camino de fierro de México á Tlalpan.

„En aquel monumento, dice el Sr. Rivera Cambas, (1) están á un lado los

gusten pueden remitirnos sus nombres para confrontarlos con la lista que el general Rincon acompañó á su parte sespectivo.

(1) "México pintoresco, artístico y monumental," tomo II, 1882.

nombres de Francisco Peñúñuri, Paz Montes de Oca y José María Gonzalez, en otra carta se lee: „A la memoria de los valientes y esforzados mexicanos, que combatiendo en defensa de su patria, le hicieron el sacrificio de sus vidas en este mismo lugar, el día 20 de Agosto de 1846. La nacion mexicana consagra este monumento de gratitud; de honra y de gloria. Siendo presidente de la República Ignacio Comonfort, 1856." En la parte opuesta está la misma inscripcion en latin. En la tercera cara del monumento se lee: „Luis Martinez de Castro, Rafael Oliva, Pascual Merás, Agustín Gutierrez." La construcción fué dirigida por el arquitecto D. Vicente E. Manero. Casi borradas están las inscripciones de las gabetas en que yacen los restos de Luis Martinez de Castro, capitan de cazadores, y

la del sepulcro de José Revilla y Pedreguera, abierto al pié del monumento.

El viento que constantemente bate la llanura, parece gemir al chochar con la tumba de los héroes ínclitos, esclarecidos, que despreciaron sus vidas y las depositaron en el altar glorioso de la independencia de su patria.

Hemos dejado al general Santa Anna presenciando el desfile de su division en Churubusco, y cuando pasó el último soldado, se dirigió al puente del mismo nombre. Allí con otras fuerzas pudo reunir cinco mil infantes, que al instante formó en las dos alas ó avenidas del puente y en la hacienda de Portales colocó de reserva á la caballería del general Torrejon.

Aun á riesgo de repetir muchos puntos de que ya hemos hablado, vamos á transcribir íntegra una comunicacion dirigida al ministerio de la guerra en 14 de

Mayo de 1881 por el general D. Miguel de la Peña, y de la que este señor ha tenido la bondad de darnos copia. En ella trata del participio que tuvo el primer regimiento ligero, de que era cadete en los dias 10 y 20 de Agosto de 1847, pues al formarse su hoja de servicios, el archivero de aquel ministerio, basándose en el parte del general Rincon sobre la heróica defensa de Churubusco, dijo que no existia constancia alguna de que el citado 1º ligero hubiese prestado entonces ningun servicio. Dice así el Sr. Peña:

«República Mexicana.—Division Canales.—General, jefe del estado mayor, general de la division.—La batalla de Churubusco, bajo el punto de vista político, tiene dos aspectos, y bajo el punto de vista militar tiene dos incidentes culminantes, muy distintos.

El dia anterior, 19 de Agosto de 1847,